

“Otros rostros para la filosofía: el prejuicio ilustrado y el lenguaje ordinario”

“Other Faces for Philosophy: Enlightenment prejudice and ordinary language.”

Joaquín Olea Beltrán¹, Diego A. Rivas Díaz²

Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa¹²
E-mail, jolea@unsa.edu.pe¹, drivasd@unsa.edu.pe²
Orcid ID: 0009-0002-0280-7433¹, 0009-0006-5330-6718²

Recibido: 28/08/2024, Aceptado: 05/11/2024, Publicado: 30/11/2024

Resumen

Este texto esboza uno de los vicios más limitantes que arrastra la filosofía académica desde el siglo XIX en adelante: la confianza total e ingenua en las capacidades de la razón pura y en el apoyo de la ciencia. La elección de la fecha se fundamenta en que el siglo XIX es “el siglo de las luces”, y en que tras dicha denominación se esconden atisbos de desdén hacia otras épocas y formas de pensamiento. Partiendo de este problema, se ahonda en cómo la denominación se asentó con el uso y el abuso del lenguaje ordinario y en cuáles son los efectos de no concebir el ejercicio filosófico fuera de los límites de la “razón ilustrada”.

Palabras clave: Lenguaje ordinario, significados, gramática, analíticos, continentales

Abstract

This brief text outlines what is one of the most limiting vices of academic philosophy from the 19th century onwards: the total and naïve confidence in the capacities of pure reason and in the support of science. The choice of the date is based on the fact that the nineteenth century is "the century of the Enlightenment", and that behind this denomination there are hidden glimpses of disdain towards other periods and forms of thought. Starting from this problem, I delve into how the name was established with the use and abuse of ordinary language, and what are the effects of not conceiving the philosophical exercise outside the limits of "enlightened reason".

Keywords: Ordinary language, meanings, grammar, analytics, continentals

Introducción

La palabra filosofía, se pronuncie en el contexto en el que se pronuncie, es una de las que más se resiste a tener un significado claro, uno que sea válido en todos los contextos y situaciones posibles, como es el caso de palabras del tipo “Derecho”, “Estado”, “Belleza” o “Verdad”. Cuando pensamos en términos de esta naturaleza, la mayoría de personas suelen evocar recuerdos de su época universitaria que asumen sin demasiada discusión; un fenómeno que podría surgir cuando se impone el curso de filosofía y se escucha a un profesor hablar en un lenguaje ajeno e inaccesible que exige la lectura de textos oscuros que, con un poco de esfuerzo, hacen funcionar una serie de engranajes del entendimiento sobre los que aún se debate si están prístinos y vírgenes, u oxidados y empolvados en el ser humano por serle congénitos o no. No obstante, esta es, de una forma u otra, la puerta de entrada a un estado de conciencia hasta entonces vedado: algo de lo que sí se puede estar más seguro.

Otro de los significados más comunes al pensar en filosofía es el que evoca la imagen de un conjunto de sabios europeos que debatieron durante veinte siglos sobre una serie de problemas, estando más o menos encontrados entre sí; de los que, por un motivo u otro, nunca se recuerdan a nada más que a Platón, a Aristóteles, a Kant, a Marx y a Nietzsche. Esta referencia a “lo que es filosofía” se presenta problemática hasta por tres razones: es netamente eurocéntrica, es una imagen que la comunidad filosófica claramente no elegiría para representar su disciplina, y es enteramente continental.

Partamos de la problemática tras el término “continental”. Con continental, dentro del contexto filosófico, nos referimos a una de las facciones, tradiciones o, si se quiere, “bandos”, del que seguramente sea la discusión más clásica entre filósofos: la devoción o la independencia por el conocimiento científico y la lógica. Es por eso que un sistema filosófico, en la actualidad, puede ser entendido como un sistema de cálculo a partir del que se deriva lo que es válido y no es válido, aún con los problemas de polarización que esto trae consigo. O, en palabras de Wittgenstein, “Si se quisieran proponer tesis en filosofía, nunca se podría llegar a discutir las porque todos estarían de acuerdo con ellas” (2021, §128).

La diferencia entre continentales y analíticos no es necesariamente un problema, sino que más bien, cuando esta división quedó claramente establecida, se pudo ver que la filosofía es algo parecido a un cuerpo humano: tanto más se le depura y afina, tanto más demuestra su perfección en el sentido teórico pero su imperfección en relación con nuestra experiencia humana. Con todo, lo más rescatable de este eterno conflicto entre tradiciones ha sido la corrección de sus vicios gracias a sus críticas mutuas. Sin embargo, el amor por la diferencia siempre

ha sido algo que le ha costado mucho a los filósofos. Se recuerdan a muy pocos que hayan tenido una segunda época caracterizada por una mayor amplitud de juicio, y se recuerdan muchos menos aún que hayan logrado una convergencia entre ambas tradiciones. Pues, ya no el rectificar sino el cambiar de idea, parece ser un tabú al interior de la academia del que nadie quiere hablar.

Al margen de las cosas buenas o malas de esta bifurcación, otro aspecto importante en la encrucijada sobre lo que hoy es filosofía es lo sucedido a mediados del siglo XIX y en la primera mitad del XX. Pasaba que, por aquellos años, comenzaron a gestarse en Europa los fundamentos más hondos de todas las revoluciones científicas modernas; que la manera de pensar científicamente y de hacer ciencia como tal, se renovaba; y que cada postura emergente parecía más lúcida que la otra. Pronto, las investigaciones y experimentos fueron dando la razón a los fundamentos metodológicos de los cuales habían nacido; y, sin embargo, el resultado fue lo que Ortega y Gasset llamó “el imperio de la física” y el inicio de “una de las eras más antifilosóficas que ha habido”. Ortega decía, muy seguro, que los filósofos de su tiempo habían cometido el error de envidiar el trabajo de los científicos, y que aquella identidad vigorosa de la filosofía europea se había acomplexado profundamente. El diagnóstico del madrileño no solo es pertinente, sino que está lleno de actualidad. En el fondo, la intención de Ortega era avisar de que la época de gracia intelectual que vivía Europa debía ser tomada con madurez de juicio, para no tener que avergonzarse de ella a futuro. Y en efecto, mucho de lo pensando en aquella época hoy genera cierto rubor. No es para menos, si el mismo Ortega llegó a referirse a un tipo de científicos como un “dragón tremebundo de terminología hermética.” (1995, p. 26).

Como es normal, un hombre como él no podía concebir un quehacer filosófico que no estuviese vertebrado por Grecia y por Roma y que no tuviese aspiraciones humanistas. Ahora bien, decir que aquél periodo fue enteramente negativo sería quedarse en los años 30, y no querer ver picos innegables de progreso y talento filosófico. Nuevamente, gracias a esta nueva forma de hacer filosofía, las ciencias se renovaron enormemente, y la manera de desarrollar y pensar la tecnología cambió por completo. Sin embargo, esto no dejó de traer consigo un germen fatal. La revolucionaria filosofía lógico-científica abundante de claridad y embarazada de ideas, pronto decidió abandonar su problema con los continentales, perdiendo con ello su independencia de juicio, para encerrarse en los bíceps de su tecnicismo. A saber, en términos como superación, abandono, utilidad, forma, positividad.

Ahora bien, tampoco queremos ofrecer solamente una revisión del significado de “filosofía” que se maneja en el lenguaje cotidiano recordando que la filosofía también

puede ser científica. Más bien, según lo dicho anteriormente, pretendemos recordar, de aquí en adelante, que la filosofía no-continental no termina en sus vertientes lógico-científicas. Pues, en su seno, curiosamente, emergió una escuela de pensamiento de poca popularidad en las masas, pero que ha mantenido vivo y fresco el resto del siglo XX y el XXI: la filosofía ya no del análisis lógico del lenguaje, sino de las posibilidades y la estética de este en su uso más auténtico y ordinario.

La mayor virtud de esta escuela ha sido despegarse del vicio de sus variantes analíticas más ortodoxas: pensar que la filosofía hace mucho debería de haber abandonado la reflexión sobre el ser, la moral o la política que cinco nombres sedimentados discutieron, y que otros aún estudian y repiten. No queremos dar a entender que existe una suerte de panacea filosófica en esta escuela que pocos han descubierto, más bien lo que comúnmente entendemos por “filosofía” hace varias décadas dejó de ser aquello que refiriere dicha palabra en su uso cotidiano, pero que el tratamiento de este problema no tiene que ser un asunto de superioridad sino terapéutica. Esta desconexión entre las palabras y las formas de vida es expresada por Wittgenstein de la siguiente forma: “Para encontrar la alcachofa real, la hemos despojado de sus hojas.” (2021, §162).

Sobre todo, nos interesa dejar aclarar que si dejásemos de tener una racionalidad enteramente occidental, nuestros acercamientos a la filosofía tendrían un carácter e interés diferente. Esto podría parecer trivial y casi obvio, pero no lo es tanto si se considera que reformar por entero la manera en que se hace entender a alguien primerizo la pregunta ¿Qué es filosofía?, la situación y el significado que esta termina por adquirir en nuestra propia red de significados -que finalmente es donde se queda arraigada- sería mucho más acorde a lo que los nuestros pensamientos desordenados y los de cualquier persona quieren encontrar y que comúnmente no pueden hacerlo por estar enclaustrados en criterios demasiado excluyentes. Nuevamente, una de las razones principales por las que consideramos fundamental dejarse “tratar” por esta facción del giro lingüístico, es que no reprime los impulsos de nuestras expresiones ordinarias para encuadrarlas en unos determinados márgenes. Como pretendía decir Freud, cuando se refería a los efectos terribles de reprimir las pulsiones del inconsciente.

Recogiendo lo dicho, creemos que agudizar nuestra mirada y purgar los fundamentos de los juicios que tenemos más aceptados es algo permanente necesario. El lenguaje que tenemos interiorizado no es un conjunto de signos lingüísticos sin vida que usamos para comunicarnos. Todo lo contrario: hasta Wittgenstein, en su últimas épocas, nos invita a pensar que la gramática que usamos como un bastón día a día tiene fibras sensibles, una extensión de nuestro cuerpo, que se podían tocar

como las teclas de un piano, y que el lenguaje inicia un proceso de sedimentación inevitable desde que es adquirido. Es algo parecido a lo que le pasa al ojo lleno de cataratas: de no operarse, el paciente se acostumbra a sus limitaciones, pero de ser retiradas se descubre una claridad que llena de alegría a su espíritu. Aun así, parte de la filosofía actual nos permite decir con tranquilidad que los intentos por encerrarnos en cualquier determinismo han fracasado, y que podemos buscarnos a nosotros mismos conociendo la red de significados en la que estamos suspendidos; asimismo, que el lenguaje no termina en sus reglas, y que, más bien, este parece crecerse en el castigo que le propinan las metáforas y el uso ordinario.

Referencias bibliográfica:

Freud, Sigmund, (2012). *Esquema del psicoanálisis y otros escritos*. Alianza.

Ortega y Gasset J. (1995). *¿Qué es filosofía?* Alianza.

Wittgenstein, L. (2021). *Investigaciones filosóficas*. Trotta.

Wittgenstein, L. (1989). *Conferencia sobre ética*. Paidós.